

atension séria, Michelet que no cree en un Dios personal, cree en la membrana prolígera respecto de la cual ha dicho: «Vivimos en un época de milagros, es indispensable decidirse (1).»

Esto sentado, no me sorprende que el alma elevadísima de Lamartine, sintiéndose atormentada ante tales excesos exclamara: «Han vislumbrado la forma humana, luchando durante mil lares de siglos contra el limo que resistía al movimiento; dotado despues, y sucesivamente, del instinto, á ese preludio de la razon; de la palabra, á ese resúmen razonado del instinto; y finalmente de todas las facultades maravillosas que hacen al presente del hombre, la miniatura compendiada y perecedera de un Dios.»

«Singular sistema, que toma por creador, una pellita, de lodo desecado de un pantano; un poco de calor pútrido, tomado de un rayo del sol; un poco de movimiento sin objeto, pedido á los vientos y á las olas; y además un instinto pedido á una potencia sorda vegetativa, y todo esto para prescindir de Dios ó para relegarlo á los abismos de la abstraccion y de la inercia [2].»

1 El Mar, p. 118.

2 Curso de literatura. Conferencia III.

CAPITULO XI.

LA FÉ Y LA PALEONTOLOGÍA.

¿Qué relacion lógica existe entre este capítulo y el que inmediatamente le precede? Este trata de la ciencia de la vida; el presente de la ciencia de la muerte de los seres organizados. La paleontología tiene por objeto el conocimiento de las razas de animales y de vegetales que existieron en otro tiempo en la superficie del globo, y cuyos restos ó vestigios fósiles, se encuentran hoy en las profundidades de la corteza terrestre.

Los fósiles no son siempre petrificaciones, y nada lo prueba mejor que los rinocerontes y los mammonths sepultados, durante el período glacial, bajo las grandes masas de hielo del Norte y cuya carne ha sido arrojada sobre las arenas de la Siberia en un estado perfecto de conservación. Sin embargo, generalmente los fósiles se hallan endurecidos por una acción química experimentada en su sedimento geológico. Son organismos ó fragmentos orgánicos cuyas partes blandas fueron disueltas, en tanto que las demás se petrificaron, merced al elemento que las envolvía.

Algunas veces el fósil no es un cuerpo organizado, sino la forma del mismo amoldada en el sitio que él mismo ocupó. Por ejemplo, á consecuencia de una de las revoluciones de la tierra, ha sido hallado incrustado en las capas interiores de la misma, el tronco de un árbol: sus partes orgánicas, consumidas gracias al contacto de la humedad, se licuaron; y el espacio que, al disolverse, resultó vacío, llenóse de una substancia mineral, que reproduce los contornos del tronco desaparecido.

A esta clase de fósiles pertenecen también las trazas de ciertos animales que, al pasar sobre un sedimento arcilloso, dejaron impresa la for-

de variedades secundarias, en derredor de un número reducido de tipos específicos, y á demostrar las transiciones entre las razas, en tanto que subsisten los abismos entre las especies.

Es cierto que los seres organizados, considerados en conjunto, presentan una especie de progresión orgánica, de los más sencillos á los más complicados. Pero estas semejanzas demuestran que los organismos proceden de un mismo pensamiento creador, y no los unos de los otros; revelan que existe entre ellos el parentesco de un origen común, no el de la filiación recíproca. Y para sostener lo contrario, no vale echar mano de la insuficiencia de los documentos geológicos. Es una desgracia para las ideas darwinianas, que todo cuanto nos queda del famoso libro deponga contra ellas, y que sus pruebas subsistan únicamente en los volúmenes extraviados ó en las páginas perdidas. Por lo demás, consignemos con M. d'Archiac, que existen terrenos perfectamente estudiados de los cuales conocemos la casi totalidad de fósiles; añadamos con M. Pichet, que incesantemente se descubren nuevos y ricos depósitos. Ahora bien, si la doctrina de Darwin tiene fundamento, ¿no debe sorprendernos el que nuestros coleccionistas recojan únicamente ejemplares pertenecientes á las especies

ya descritas, y que si las monografías paleozoológicas exhuman tipos desconocidos, sean apariciones bruscas, y no formas intermediarias, cual sería menester para la justificación de las teorías transformistas?

Por consiguiente, trácese si se quiere con la imaginación, al árbol genealógico del reino animal, en el seno de ese vasto campo de la muerte que se llama la era paleontológica, por más que se haga, nunca se determinará de un modo seguro, donde está el tronco, y donde las ramas de esta creación quimérica, y puesto que el mismo M. Gaudry declara que el asno, el caballo, la zebra y la hemiona, se parecen hasta tal punto, bajo la relación del esqueleto, que sería imposible distinguirlos por los solos caracteres osteológicos; ¿qué debemos pensar de un sistema que se contenta con algunas formas de transición confusamente tomadas de especies diversas en las más remotas edades para deducir de ello la mutabilidad de estas?

Puede decirse por último que la idea de Darwin es una concepción sin cabeza ni pies. ¿Qué debemos pensar de la cédula primordial, de lo infinitamente pequeño, vegetal ó animal, que fué como la universal matriz de los seres? Darwin se calla en la cuestión relativa al origen de

la vida. ¿Qué debe pensarse también de las futuras evoluciones de las especies? ¿Hasta cuándo deberemos aguardar la aparición de alguna generación desconocida, el nacimiento de una humanidad perfeccionada? Darwin guarda respecto del particular el mismo silencio, de manera que su explicación es una hipótesis suspendida sobre dos abismos, una quimera que gira al rededor de dos interrogaciones. Por esto después de un instante durante el cual la razón humana ha permanecido presa de la fascinación y de la duda, sepárase de aquella horrorizada, para abrasarse á Dios creador y conservador de las especies.

Por lo demás, según el sistema fundado en la selección por la concurrencia vital, el mundo se halla subordinado á una sola ley la de la fuerza. Engendrar vigorosos reproductores: tal es el único fin de la creación, hasta en la misma especie humana. Ahora bien, el hombre sacrifica también á la virtud, á la belleza, al amor, al deseo el ejercicio de sus facultades reproductoras, sígnese de aquí, que el único ser capaz de realizar á sabiendas y porse veramente la selección, emplea dicha ley contra ella misma, y que de toda la teoría solo queda un juego de espiri-

ta hábilmente dispuesto, pero nunca practicado y jamás practicable.

Una consideracion del órden más práctico, viene á corroborar las precedentes. Si los más poderosos selectores se buscasen instintivamente, los últimos múltiples de la union transformistas, que proviene de fuerzas durante más largo tiempo acumuladas, serian superiores á los primeros. Pues bien, esta ley ascensional no solo no existe, sino que hasta podria establecerse la ley opuesta. Lo mismo las tradiciones antiguas, que los nuevos descubrimientos, tienden á probar que los tipos específicos de otras épocas, eran superiores en talla y en longevidad á los de nuestros dias: cuanto más se acercan los seres en el tiempo, á su primer antepasado, son tanto más florecientes: en cambio cuanto más distan de este factor, en el cual Dios amasó virtualmente la energia repartida más tarde entre toda una posteridad, tanto más se deterioran. Y si bien es verdad que los seres, al través del transcurso de los siglos, progresan bajo el punto de vista de la perfeccion de las formas, no lo es ménos que disminuyen en el concepto de la grandiosidad de las mismas: tanto es así que la leyenda de los antiguos gigantes queda justificada por los resultados de la investigacion, y la

fuerza de los héroes de Homero, la estátua colossal de Carlomagno, y las armaduras de la Edad media nos enseñan que la naturaleza procede en sentido inverso del que ha imaginado la utopia darwinista.

¿Más abandonaremos este terreno, sin hacer mencion, siquiera no sea más que para consignarlo, de otro sistema de transmutacion inventado por Lamarck? En manera alguna. A las metamorfosis realiza las por la seleccion natural y la concurrencia vital, substituye este principios distintos de transformacion. Gracias á una generacion espontánea incesantemente resultante de las fuerzas fisico-químicas, la naturaleza es á sus ojos un manual perenne de organismos primarios cuyas formas elementales, en virtud de una progresion graduada, se elevan á todas las ramas biológicas desde el infusorio hasta la humanidad. Los agentes principales de este trabajo inmenso son el medio, la costumbre y la necesidad.

Si fuese el medio el que modelando, doblegando el animal á sus influencias, le hiciera propio para vivir en el seno de dichas influencias, habria motivo para sorprenderse del acuerdo existente entre los órganos y el medio. Tanto valdria admirarse de que un rio en contrase abiera.

to el lecho por donde debe discurrir, cuando precisamente es el río el que se abre el lecho (1).¹¹ Efectivamente, en este caso no podría decirse que se dieron al ave alas para que volara, sino que trocando el orden, debería concluirse que vuelan porque tienen alas. De manera que la Providencia creadora resultaría reemplazada por las circunstancias ambientes que se llaman aire, agua, accidentes meteorológicos; en una palabra, la causa final desvanecida por la soberanía vaga, impersonal, llamada medio.

No cabe dudar que las circunstancias exteriores obran sobre las modificaciones orgánicas; mas la acción más poderosa que respecto del particular haya podido observarse, la domesticación; ¿ha creado acaso un solo órgano nuevo? Ciertos animales respiran por los pulmones, otros por las branquias, dos especies de aparatos perfectamente apropiados á los dos medios del aire y del agua. ¿Será menester decir que esos medios han producido el prodigio de este ajustamiento tan complejo de los medios con el fin; ¿Cuál es la causa exterior combinada para recibir la sangre de los órganos y enviarla de nuevo

¹ Materialismo contemporáneo.

á los mismos? ¿Qué influencia plástica es la que ha obrado, para que todos los órganos se hayan enlazado formando un sistema completo, en el cual se correspondan todas sus partes? Finalmente, ¿cómo se explica el que la luz haya producido el órgano de la visión, este maravilloso instrumento de óptica en el cual veía Newton reflejarse con la imagen del mundo la mano de su autor, cuando escribía: "¿Es posible que no haya conocido las leyes de la óptica el que ha hecho el ojo?" Convengamos en que para reconocer en los medios esta acción modificadora, se necesita una gran dosis de complacencia. Y sin embargo, no se olvide, repetiremos, que los mismos naturalistas que conceden á los medios el poder de cambiarse en animal un arbusto, le niegan el que de la raza caucasiana haya podido nacer la raza mongólica. ¿No revela esto mucha credulidad, respecto de lo increíble, y mucho escepticismo relativamente á lo verosímil?

Embarazado Lamark á este punto, para sostener hasta el fin su primer principio de transformación; obligado además á convenir en que la acción del medio, es con frecuencia perturbadora en el trabajo de las apropiaciones orgánicas, se pregunta si la vida, esta causa ciega, inconsciente, mecánica en ocasiones, no cuenta con otros

medios para acomodar todas las partes del animal á sus usos respectivos, y se contesta. Dos nuevos agentes completan esta obra, la costumbre y la necesidad: esta produce los órganos, aquella los desarrolla y fortifica.

Consignemos desde luego que la necesidad no podría orgánicamente engendrar más que lo útil: ahora bien, existe en la creación una parte superior que no puede proceder de esta causa, me refiero à lo bello. Dios ha impreso un reflejo de su esplendor sobre las diversas formas de la vida. ¿Cómo han adquirido su dorado plumaje el faisán y el pavo real? De seguro que no será bajo el imperio de la necesidad que de ello haya sentido, puesto que visten sus colores sin saberlo. ¿De qué suerte ha venido á adquirir el zorro su pomposa cola, que lejos de favorecerla le estorba para la caza, y facilita á los que lo cazan el que puedan apoderarse de él? De seguro que no es la necesidad la que le ha provisto de un apéndice que le incomoda tanto como le embellece.

Si, en el organismo de los animales existe un elemento, que ménos todavía que lo bello, puede resultar de la necesidad: este elemento es lo incómodo. ¿Qué necesidad puede, por ejemplo haber impuesto al palomo voltador, su torpe-

vuelo interrumpido incesantemente por extravagantes movimientos? ¿Qué necesidad puede haber influido en la disposición especial de la cola del palomo-pavo, que á causa de ello no puede volar contra viento, y huir por consiguiente de sus enemigos? Y ciertas palmípedas que nunca nadan, ¿en virtud de qué necesidad se hallan provistas de piés aplanados, y de la membrana interdigital que dificulta su marcha, en lugar de un pié de cinco dedos que la dificultaría? En cambio, ¿por qué razon la trompa presta tantos servicios al elefante, y no han logrado proveer se de ella, á fuerza de desealarla todos los cuadrúpedos que la han menester?

Es una verdadera irrisión imaginar que la producción de un nuevo órgano reconoce por causa un movimiento impreso á los fluidos del animal. ¿Cómo se las compondrán dichos fluidos para dirigirse del lado donde la necesidad existe, haciendo brotar en consecuencia el órgano precisamente necesario para satisfacer una necesidad? Un dia, una tortuga experimenta la necesidad de volar á fin de sustraerse á la persecucion; ¿de qué manera la necesidad y el esfuerzo conseguirán los miembros inferiores del animal tomen la forma de ala, de ese remo aéreo, tan delicada-

mente construido, que el género humano con todo su saber, jamás ha logrado imitar?

Nosotros mismos, desde los tiempos de Icaro nos hemos dejado atormentar por el deseo de remontarnos por los aires, llegando al extremo de inventar los globos para hacernos la ilusión de que disfrutábamos de semejante ventaja, de que disfrutábamos de la inmensidad del Océano y de los astros del firmamento nuestra alma experimenta la necesidad de lanzarse más allá; ¿en qué consiste que nuestras alas no hayan nacido todavía y que el movimiento de nuestros fluidos no nos anuncie, siquiera en un plazo lejano, el crecimiento de tan precioso aparato?

Es cierto que Lamarck reconoce la dificultad de probar, por medio de la observación; que la necesidad produce el órgano; pero cree que la verdad de semejante principio se deduce del siguiente: el órgano desarrolla á consecuencia del hábito! ¡Extraña confusión de ideas! Es decir, que porque, dado un órgano, crece ó se desarrolla por el ejercicio, ha de deducirse que la necesidad puede producir este órgano que no existe! La producción de un órgano que no existe, ¿puede parecerse en manera alguna al desenvolvimiento de un órgano que existe! Oigamos oír

mo la última palabra de la ciencia y del buen sentido, relativamente al punto de estas transformaciones, las reflexiones magistrales de Cuvier (1) "

"Los naturalistas materiales en sus ideas, viendo que el mayor ó menor uso de un miembro aumenta ó disminuye su fuerza ó volumen han imaginado que el hábito y las influencias exteriores, durante mucho tiempo continuadas, han podido cambiar gradualmente los animales, hasta el punto de hacerlos llegar sucesivamente al estado en que vemos al presente á las diversas especies: idea acaso la más superficial y vana de cuantas hemos querido refutar. Gracias á ella, los cuerpos organizados vienen á considerarse, en cierto modo como una pella de masa ó arcilla, susceptible de ser trabajada con los dedos. Por esto, en el instante mismo en que dichos autores han tratado de entrar en detalles, han caído en el ridículo. No falta quien dice con la mayor seriedad del mundo, que un peacado á fuerza de mantenerse fuera del agua, podría ver sus escamas recortarse y convertirse en plumas,

1 Anatomía comparada.

trocándose él mismo en pájaro; y que un cuá, drúpedo á fuerza de penetrar en caminos estrechos, es decir, de pasarse por una hilera, podría cambiarse en serpiente, todo lo cual sirve únicamente para revelar la ignorancia supina que en materia de anatomía tiene el que así se expresa. »

Sin afectar aquí el aire de vencedores, que no toma nunca la verdad que defendemos, nos juzgamos con derecho para decir: ¿Qué queda de la filosofía zoológica de Lamarck, y del origen de las especies de Darwin? Dos actos de fé escésivos á las energías latentes de la materia, y esta moral inevitable: el hombre ha aparecido en la tierra únicamente por vía de creación, puesto que no puede ser el resultado de ninguna transformación.

CAPITULO XIII.

LA FÉ Y LA ANTROPOLOGÍA MATERIALISTA, EN LA CONSTITUCIÓN DEL HOMBRE.

¿Difiere el hombre esencialmente del animal? La repugnancia que experimento al hacerme esta pregunta, constituye acaso el mejor argumento en favor de la existencia de mi alma, puesto que es una verdadera protesta. Y no se crea que esto es orgullo, no, es un testimonio del sentimiento íntimo, que sofiema alguno podrá nunca destruir; apreciación íntima, si así podemos decirlo, del hombre respecto de sí mismo